

HERALDO DE TALAVERA

SEMENARIO INDEPENDIENTE

Toda la correspondencia al Director:
PLAZA DE SANTA LEOCADIA, NÚM. 8

Se publica los sábados: Informaciones detalladas de toda la región, Artículos, Crónicas, Cuentos, Secciones fijas de gran interés, Comentarios de la vida local, Toros, Teatros y Deportes.

No se devuelven los originales ni se mantiene correspondencia con los colaboradores espontáneos.
Número suelto: 10 céntimos.

BANCO HISPANO AMERICANO

Capital y reservas: 132.000.000 de Ptas.

CASA CENTRAL: MADRID

Sucursal en Talavera de la Reina.-Canalejas, 24.

UNA LECCIÓN DE HISTORIA

EL REY Y EL MINISTRO

El Sr. Thiers.

Casi al mismo tiempo se han publicado dos libros sobre Thiers: Las «Memorias de madama Dosne», su suegra, nieta Egeria y capricho, todos a un tiempo, y «El señor Thiers», de Maurice Reclus.

Ambos libros se complementan en varios puntos y se contradicen en otros. Pero, de cualquier modo, ponen en pie, reavivan el perfil, menudo y enfatuado—como el de Cánovas, su gran admirador y discípulo en tantas cosas—, del cronista de la Revolución, el Consulado y el Imperio; del Ministro monárquico que inventara la sutil fórmula: «El Rey reina, pero no gobierna»; del Presidente de República que hiciera frente a los nuevos monstruos de Ulises: Caribdis-Anarquía y Scila-Reacción, creando la burguesía conservadora. Para madama Dosne, Thiers es un talento más que un carácter. Para Maurice Reclus, un carácter más que un talento. Sin embargo, hay de todo en la vida del Sr. Thiers. Podríamos decir, tal vez, que es un carácter para con los hombres de talento y un talento para con los hombres de carácter.

Es también, señaladamente, un corruptor. Llega, en la Prensa, al monopolio que señalara Alfonso Karr: «El Sr. Thiers es dictador en «El Correo Francés», por medio de León Faucher, a quien hará consejero de Estado; en «El Mensajero», por medio de Walwsky, que será destinado a una Embajada; en «El Siglo», por medio de Chambole, futuro inspector general de la Universidad; en «El Noticiero», por medio de León Pillot, que entrará en el Consejo de Estado; en «El Nacional», por medio de Tascheran, Secretario inminente del departamento del Sena; en los diarios legitimistas, por Berryer, a quien votará para la Academia, y que, sobre el favor periodístico, lo introduce en algún salón del «faubourg» Saint-Germain.

Como escritor, él mismo alcanza la celebridad con su Historia de la Revolución y la fortuna con su «Historia del Consulado y del Imperio», por cuya propiedad le paga el editor Paulin medio millón de francos, a toda teja.

Sus astucias políticas avivan el conservadurismo de Guizot, hasta lograr que éste aparezca reaccionario, y el liberalismo de Odilon-Barrot, hasta que se iguala, en apariencias, con el radicalismo de Garnier Pagés Maese Pedro del retablo, se rodea de Ginesillos ambiciosos, que espolean los extremismos, en tanto que él, sesudo, sereno, crea el «centro», partido y alma de la burguesía.

El Rey y el Ministro.

Pero ningún aspecto suyo es tan interesante, tan sutil, tan trabajador, tan profundamente político, como sus relaciones con Luis Felipe, otro aprovechador, como él, del fantasma terrorista, tan aprovechado en todo tiempo.

«Rey de las barricadas—anota Maurice Reclus—, Luis Felipe se burlaba de los ideales reaccionarios; pero su condición de ex combatiente de Walmy no le impedía burlarse de los ideales revolucionarios.

Thiers, por su parte, había logrado, con notable desenvoltura, llegar a ser el hombre de la burguesía conservadora, tras haber combatido, no sin peligros y sin gloria, bajo las banderas de un liberalismo jacobino.

El Rey y él, aun cuando situados en planos distintos, eran la réplica de un solo personaje. Pero uno y otro se hallaban

firmemente convencidos de su gran superioridad, y, por tanto, poco propicios a aceptar la ajena. Además, Thiers era un gran parlamentario, uno de los cuatro o cinco grandes parlamentarios, con los que necesariamente había que contar. Y como Luis Felipe tenía el firme propósito de anular a aquellos cuatro o cinco jefes, para dirigir, a su gusto, los negocios de la dinastía y del país, pensó en utilizarlo, según sus planes, mientras le pudiera ser provechoso.

Claro es que Thiers se proponía lo mismo: utilizar al Rey, mientras le pudiera ser útil. De suerte, que nada tenían que reprocharse ni en propósitos ni en conducta. Puesto que si el Rey servíase de él para contener a Guizot y a los conservadores, con la amenaza de encargar del Gobierno a Thiers, él se servía del Rey para contener a Odilon Barot y sus liberales, con la amenaza de alentar a los radicales.

Los negocios de España.

Uno de los motivos de desavenencia entre el Rey y el ministro eran los negocios de España. Thiers quería a todo trance evitar que España fuese carlista, y proponía enviar tropas que cooperasen con los ejércitos liberales; Luis Felipe negábase resueltamente. «Antes—solía decir—le declaro la guerra a Prusia».

El intervencionismo de Thiers, decorado de espíritu liberal, iba, naturalmente, contra Austria, Rusia y Prusia, decoradas de espíritu reaccionario. La neutralidad de Luis Felipe, recelosa del duque de Orleans, se alarmaba profundamente con la intervención.

A raíz de varios combates en Galicia y Castilla, reunido el Consejo de Ministros, se produjo entre el Rey y Thiers una escena violenta. Thiers dijo entonces su famosa frase: «Si el Rey no admite discursión, que gobierne a su antojo. Pero mientras los Ministros seamos responsables, es necesario que su majestad nos oiga. Porque el Rey reina, pero no gobierna».

Ante actitud tan firme, Luis Felipe fingió ceder. Y medio en broma, medio en serio, replicó: «Bien, mi querido Presidente. Me resigno, porque no quiero prescindir de usted, y sé que usted me abandonará si no me resigno. Pero nada de intervención; ¡eh! Todo, menos la intervención».

Como señala Maurice Reclus, «el Rey pasaba fácilmente de la cólera a la sonrisa». Y, sonriente tragando saliva, dejó que Thiers procediese a enviar tropas a los liberales de España.

Pero la procesión iba por dentro. Poco después tenía Luis Felipe preparada la sucesión de Thiers por Molé. Y, reuniendo al Consejo de Ministros, forzó, a poner sobre el tapete «los negocios de España».

«Su majestad—escribe Reclus—suplicó a Thiers entonces que no insistiese en cosa tan nimia como la intervención, amenazándole, si insistía, con dejar el trono y retirarse al castillo de Eu, dejando a Thiers toda la responsabilidad de lo que acabiese».

—Usted, querido Presidente, no ha reflexionado en la gravedad del asunto. La opinión dirá: «Un Rey así no puede convivir con nadie.» Me imprime usted en la frente un letrero carlista. Y compromete la corona».

Pocos días después, Thiers abandonaba el Gobierno. Pero con la satisfacción de haber dimitiendo en defensa del liberalismo español, como enemigo irreconciliable de las Cortes absolutistas.

Cristóbal de Castro.



SEMBLANZA

ABEL MARTÍNEZ BERNAL

Quebrado de color, fino, discreto, sencilla la palabra y mesurada, tienen sus ojos un fulgor inquieto que dice lo que calla en su mirada.

Bajo su corazón de gentlemant, luce la llama viva del solar hispánico.

Es el ejemplo de un gracioso cruce, latina el alma, el ademán británico.

Comprensivo, simpático y cordial, en su tic elegante de abandono sabe poner la flor del corazón.

Late en su fonos un ritmo liberal, aunque por los dictados del buen tono ponga, a veces, sordina en la expresión.

X.

«La imagen iluminada»

Bello libro de versos, sancionado con aplauso unánime, por la crítica madrileña, del inspirado yate talaverano D. Ernesto López-Parra.

De venta en Talavera: Librería de D. José del Camino.

Historia talaverana.

(Notas para su estudio).

XX

Con la muerte de Fernando III, y Jaime I, Reyes de Castilla y Aragón respectivamente, se paralizó la reconquista de España, porque aun quedando gran parte de Andalucía en poder de los musulmanes las discordias internas del reino castellano absorbían toda su actividad haciendo que solo efectuasen algunas expediciones fragmentarias más brillantes que positivas. Por otra parte, Aragón y Cataluña no pudiendo extender su poderío, en virtud de tratados hechos, por la Península comienza su expansión mediterránea llegando a dominar gran parte de Italia y al imperio Bizancio.

En Castilla, atraviesa la monarquía formidable crisis al querer, luchando con la nobleza, fundar un poder señorial y absoluto frente a la anarquía dominante de señores y Concejos. Expresión de estas luchas son las cuestiones personales entre los individuos de la familia real, favoritos y nobles que no terminan hasta el final de la reconquista y el reinado de los Reyes Católicos, los cuales fundan la monarquía moderna y la unidad política y territorial de España.

Alfonso X.

Sucedió a su padre III en 1252, y su reinado ofrece en el orden político, las particularidades de sus luchas con los nobles, por las pretensiones de la monarquía, y sus

Este número está censurado.

Estampas talaveranas.



LA VIRGEN DEL PRADO

En el extremo oriente de la ciudad, exornada la senda que a ella conduce con la gaya policromía de los maravillosos vergeles del parque suntuoso, se alza arrogante y señera la ermita de la Patrona de los talaveranos.

No siempre fué este sagrado recinto albergue del culto a la Madre de Dios. En siglos pasados, se rindió en él pleitesía a la gentil diosa Pales. Ganaderos y pastores ofrecían panales de rica miel y ánforas de exquisita leche esperando obtener, con la ofrenda, ópimos frutos en sus ganados. De aquella ceremonia pagana nos resta hoy por derivación la fiesta anual conocida con el nombre de «Munda» o «monda», vasallaje rendido por algunos pueblos comarcanos al nuestro, a la sagrada imagen venerada.

Indudablemente hay mucha devoción a Nuestra Señora del Prado. Ni un solo día del año, ni en los rigores del gélido invierno, ni en los del tórrido verano, a cualquier hora que en el templo se penetre, se deja de ver alguna persona que ante ella rece la sentida plegaria de súplica o agradecimiento. Muestras de una fe fuertemente arraigada en la prodigiosa fortaleza de la Virgen se ven con frecuencia en humildes mujeres que, caminando por todo el paseo con las rodillas ensangrentadas por la arena, llegan a sus pies demandando su celestial protección.

Se da asimismo el caso peregrino de que, hombres que jamás asisten al santo sacrificio del domingo, van a postrarse de hinojos ante la imagen piadosa de la Señora omnipotente. ¿Por qué este contrasentido? Se ignora. Respetemos las decisiones de las conciencias ajenas por paradójicas que se presenten a la nuestra.

En los primeros días del mes de Septiembre tiene lugar la novena. En todas las casas de la población los habitantes se preparan para asistir a la función religiosa. Las jóvenes se embellecen con las galas más vistosas que realcen su hermosura como si se tratase de tomar parte en un torneo de lujo y ostentación. La Madre de Dios es un pretexto entonces, un motivo que justifica ese rompimiento con las costumbres de los demás días. Durante nueve, se despierta en todas ellas una ardiente fiebre de eclipsar a las demás con la hechura desconocida de una «toilette» o los colores raros de llamativo sombrero.

En la nave central están los bancos, ocupados por la Hermandad que sufraga los gastos de todo el año. En su mayoría mujeres; los hombres permanecen de pie en las otras dos durante la celebración de las

